

# **La violencia y lo juvenil: entre la interpretación y el ser**

Mariana Analía Domenighini

marianadomenighini@yahoo.com.ar

Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)

Argentina

## **RESUMEN**

El presente trabajo se propone ensayar una interpretación de lo juvenil y la violencia, considerando la construcción de identidades, a partir del Libro I “La metamorfosis” y el Libro II “Primera conversión: el mal” de la obra de Jean-Paul Sartre, *San Genet, comediante y mártir* y a la luz del modelo teórico propuesto por René Girard en los capítulos “La crisis sacrificial” y “Del deseo mimético al doble monstruoso” de *La violencia y lo sagrado*. Será relevante el análisis de relaciones de poder en referencia a los procesos de estigmatización determinados, por un lado, la capacidad de nombrar y, por otro, la imposibilidad de impugnar el nombre.

## **PALABRAS CLAVES**

Violencia – Juvenil – Sacrificio

# **La violencia y lo juvenil: entre la interpretación y el ser**

*Por Mariana Analía Domenighini*

## **INTRODUCCIÓN**

El presente trabajo se propone ensayar una interpretación de lo juvenil y la violencia a partir de considerar la construcción de identidades. Se explora dicho objeto por medio de herramientas teórico conceptuales que surgen de un análisis del Libro I “La metamorfosis” y el Libro II “Primera conversión: el mal” de la obra de Jean-Paul Sartre, *San Genet, comediante y mártir* a la luz del modelo teórico propuesto por René Girard en los capítulos “La crisis sacrificial” y “Del deseo mimético al doble monstruoso” de *La violencia y lo sagrado*.

En otro orden, este trabajo consiste en una porción de un trabajo más amplio que se encuentra en sus inicios. Integra, a partir de las herramientas teórico conceptuales mencionadas, un marco indagatorio como analítico sobre relaciones de poder en referencia a los procesos de estigmatización social, y que se extienden en los de criminalización, a los que se interpreta como la capacidad de nombrar frente a la imposibilidad de impugnar el nombre.

Jean-Paul Sartre (París, 21 de junio de 1905 – Ibíd., 15 de abril de 1980) con la intención original de escribir un prólogo para las obras completas de su contemporáneo novelista, dramaturgo y poeta francés, Jean Genet (París, 19 de diciembre de 1910 – Ibíd., 15 de abril de 1986), culmina con un libro que alberga un pensamiento motivado por la vida como por sus obras literarias, cargadas de transgresión como de una profunda rebelión contra el orden social, muchas veces de carácter “autobiográfico” como lo fue *Diario de un ladrón*. Así, Sartre en la obra *San Genet, comediante y mártir*, retoma y relata una suerte de biografía de Genet además de proporcionar su propio pensamiento.

Pues bien, entre las primeras líneas de la obra el autor hace presente un suceso. En sus primeros años de vida, Genet *conoció el paraíso y lo perdió, era niño y lo expulsaron de su infancia*. La frase, constituida por cada una de estas palabras despiertan preguntas y sus respuestas sólo cobran sentido si se las conducen a un único acontecimiento original, el *instante fatal*, el “gran” drama de Genet, el antes y el después, la muerte y el nacimiento. La metamorfosis de Genet sintetizada en la expresión de un acto explícitamente performativo, en ese instante *un niño muere de vergüenza, y surge en su lugar un granuja*.

Una cruel mistificación opera en Genet niño, se convierte en lo que los otros lo convencen. Así, víctima de lo que los adultos le convencieron, *de que su alma es blanca*, el niño siente que es “blanco”. Percibido a sí mismo ante los ojos de los demás, en el marco de un objeto de culto, la constitución del sujeto de sí y para sí queda subsumida en las propiedades del objeto. Genet, siente un orgullo modesto el cual decidirá su destino.

Hijo falso, nacido sin padres, es muerte sin decencia. *Hijo de nadie, no es nada; por su culpa, un desorden se ha introducido en el buen orden del mundo, una grieta en la plenitud del ser*, frente a ello, además, tampoco posee nada, su *haber* y su *ser* son defectuosos. Genet es adoptado.

Siendo niño, como parte del suceso expresado por Sartre, Genet conoce el paraíso, en su infancia sus padres adoptivos le *dan* todo lo que necesita. Tal bondad, le recuerda que él no es hijo de ellos, porque ellos “libremente” lo aceptaron y, por tanto, no tienen la

obligación de darle nada. No obstante, recuerda su infancia como con una suerte de nostalgia que añora la inocencia.

En aquellos tiempos de infante, Genet experimenta que la existencia es visibilidad. Lo que existe es lo que es visto por los adultos, mientras que las actividades secretas que tienen lugar en la soledad no existen y esta moral será lo que terminará por condenarlo.

*“El niño jugaba en la cocina; de pronto ha advertido su soledad y se ha apoderado de él la angustia... Ahora no hay nadie en la habitación: una conciencia abandonada refleja ultiensillos. He aquí se abre un cajón y una manecita se adelanta...”* (Sartre, 2003: 48).

En aquel instante fatal, en un eventual, un accidente, Genet *sorprendido infraganti*, es visto por un adulto.

*“...una palabra vertiginosa  
venida del fondo del mundo abolió el buen orden...”*  
(Ibid.)

... y la palabra: *ladrón*.

El *buen orden* aparente había encontrado un desequilibrio que amenazaba la estabilidad del sistema, aunque en verdad, por el contrario se re-constituía el orden. La palabra irrumpiría lo indiferenciado. Lo bueno y lo malo cobran entidad y dotan de sentido la esencia de las *cosas* a partir de las categorías del Bien y del Mal.

El Bien se dista del Mal; el Bien se constituye a partir de diferenciarse del Mal. El designio de la maldad encausada en el *ladrón* permite arbitrariamente la existencia del Bien por el Bien a partir de su distinción con el Mal, no siendo categorías absolutas sino relativas. En este sentido Sartre, considerando el lenguaje del Mal, manifiesta: *el Bien*

*no es más que una ilusión; el Mal es una Nada que se produce a sí misma sobre las ruinas del Bien.*

Por tanto, para el mantenimiento de dicho orden resultan necesarias las diferencias; tener presente el mal a la vez que erradicarlo. En suma, resulta imprescindible de un sacrificio.

*“El funcionamiento correcto del sacrificio exige,... una apariencia de continuidad entre la víctima realmente inmolada y los seres humanos a los que esta víctima ha sustituido, subyacente a la ruptura absoluta.” (Girard, 1995: 46).*

En la víctima la sociedad deposita mediante la desviación de una violencia que amenaza a sus miembros, se trata de una violencia desplazada que es recepcionada por la *victima sacrificable*. Esta lógica del sacrificio sostiene la tensión entre la semejanza y la diferencia, puesto que, por un lado, si la víctima se asemeja en demasía con los seres humanos a los que sustituye la violencia circula en demasiado rápido y el sacrificio se desintegra como tal y, por otro, la víctima no podrá atraer hacia sí dicha violencia si se diferencia en un alto grado a los miembros sustituibles de la comunidad. Por tanto, el exceso de semejanza como de diferencia genera lo que René Girard denomina como *crisis sacrificial*.

Tanto el Bien como el Mal ejercen violencia y, en este sentido, Girard manifiesta que *a los hombres les disgusta admitir que las “razones” de una y otra son equivalentes, esto es, que la violencia carece de razón*. Por tanto, esta violencia “sin razón” no es “pura”, sino que purificadora de la violencia impura, recíproca. Así, dicho autor francés continúa e identifica lo que da por llamar *violencia sacrificial* la cual tiene por función garantizar el orden, que no es más ni menos que diferenciación discrecional, con la cual el equilibrio que se obtiene no es por la justicia sino por la violencia. En este sentido, argumenta que *el equilibrio es la violencia, es preciso que la no-violencia relativa asegurada por la justicia humana se defina como un desequilibrio, como una diferencia entre el “bien” y el “mal” paralela a la diferencia sacrificial de lo puro y lo impuro*. Lo justo y lo injusto es reconocido en el desequilibrio, *la justicia humana se arraiga en el orden diferencial y sucumbe con él*.

Donde no hay sacrificio, no hay diferencia y, por tanto, no hay orden, abriéndose el terreno a la violencia recíproca. Es a esta situación que Girard la denomina como *crisis sacrificial*, siendo la pérdida de la diferencia entre la violencia impura y la violencia purificadora y sostiene que *cuando esta diferencia se ha perdido, ya no hay purificación posible y la violencia impura, contagiosa, o sea recíproca, se esparce por la comunidad*. De esta manera, dicha *crisis* es entendida como la *crisis de las diferencias*, es decir, constituye la crisis del orden cultural en su conjunto.

*“En efecto, este orden cultural no es otra cosa que un sistema organizado de diferencias; son las diferencias diferenciales las que proporcionan a los individuos su “identidad”, y les permite situarse a unos en relación a otros.” (Ibid: 56).*

Es en este sentido que los “otros” se constituyen mediante las diferencias, la noción de bien impone la forma, la de mal la deforma. El otro es malvado, delincuente, criminal. Cuando niño, Genet era bondadoso pero luego de la fatalidad, como *ladón* es malvado, es el *Otro*. Un “otro” con mayúscula porque es un *completamente Otro*.

En aquel suceso, su *Ser* había sido expulsado de su infancia *puesto que el Mal es definido como el Otro que el Ser, parece que el Ser, al menos lógicamente, tiene que aparecer antes que su Otro; y como el poder malo es por esencia una voluntad de destrucción, es necesario que tenga un ser que corroer y no podría manifestarse si no existiera ese ser*. La transgresión se criminalizó y el niño fue víctima del sacrificio.

Siendo Mal es Otro, Genet es el Ser del No-Ser y el No-Ser del Ser. De esta manera, este “otro” garantiza la no sucesión de una *crisis sacrificial*, puesto que en él radican las diferencias que mantienen al sistema del orden cultural al momento que se lo sacrifica.

En este marco, Sartre acerca de manera literaria una descripción de un evento en el que un sujeto se transforma en objeto, operación habitual respecto a la constitución del *Otro*, a partir del estigma y la identificación con el malvado, el delincuente, el criminal:

*“He aquí un hombre al que arrastran dos policías. Pregunto: “¿Qué ha hecho?” y me contestan: “Es un ladrón”. La palabra golpea contra su objeto como un cristal que cae en una solución*

*sobresaturada: inmediatamente la solución se cristaliza y encierra la palabra en ella. En la prosa el verbo muere para que el objeto nazca. “¡Es un ladrón!”. Inmediatamente olvido la palabra: veo, toco, respiro a un ladrón; gozo con todos los sentidos esta sustancia secreta: el delito. Sin duda no he presenciado el robo, ¿pero qué importa? Las ropas polvorientas y desgarradas del culpable (se ha caído al querer huir, le han golpeado) contrastan con el traje decente de los circunstantes, con mi propia manera de vestir: me hacen ver que ese hombre disuena. Es un intocable, puesto que yo no podría tocarlo sin ensuciarme las manos; el barro que mancha su chaqueta y su camisa es el barro de su alma hecha visible.” (Sartre, 2003:73-74).*

De esta manera, la palabra simboliza y violenta al sujeto que ahora es un objeto, *ladrón*. Al igual que como operó en Genet *niño* su esencia “blanca” como objeto, el *ladrón* también es un objeto de culto, pero esta vez, del lado del Mal. Por ello es sacrificable para proveer el mantenimiento del Bien. Frente a lo expuesto, se interpreta a Genet como una *víctima sacrificial*.

Hasta el instante fatal, había sido un niño, conocía el paraíso, su infancia, lo perdió de manera accidental y el orden moral lo expulsó. He aquí la metamorfosis del *niño* al *ladrón*. De esta manera, su “yo” es condenado porque lo encuentra provisto de un “yo” *monstruoso y culpable, aislado, separado*.

Genet reflexiona, interpretando al robo como un delito, un crimen, que su intención era robar, que lo que efectivamente *hacía* era robar y por tanto, *era* un ladrón, de allí que *esa es su verdad, su esencia eterna*.

*“Y, si es ladrón es necesario que lo sea siempre, en todas partes, no sólo cuando roba, sino también cuando come, cuando duerme, cuando besa a su madre adoptiva; cada uno de sus gestos le traiciona, pone de manifiesto su índole infecta (...). En vano creería merecer la indulgencia confesando sus culpas, dominando la perversidad de sus instintos: todos los movimientos de su corazón son igualmente culpables porque todos expresan igualmente su esencia.” (Ibid: 49-51).*

En ese instante fatal queda evidenciada su libertad que opta la mala voluntad y lo convierte en malvado, responsable del *Mal* se encuentra privado de buena voluntad, de la posibilidad de hacer el *Bien*.

Genet en aquel accidente ejerce una violencia, la violencia denominada por Girard como *recíproca*. El temor de los adultos se enquistaba en la pérdida de las instituciones por medio de la trasgresión. Por ello se debe ejecutar la *criminalización* del trasgresor de las prohibiciones impuestas por las instituciones materializadas en el orden social. Por tanto, los *unos* requieren de la violencia *unánime*. La una y la otra en palabras del autor recientemente mencionado:

*“La violencia (recíproca) destruye todo lo que la violencia (unánime) había edificado. Mientras mueren las instituciones y las prohibiciones que reposaban sobre la unanimidad fundadora, la violencia soberana vaga entre los hombres pero nadie consigue apoderarse duramente de ella. (...) la crisis sacrificial es un fenómeno universal... En el paroxismo de esta crisis, la violencia es a la vez instrumento, el objeto y el sujeto universal de todos los deseos. Esta es la razón de la imposibilidad de cualquier vida social si no existe una víctima propiciatoria, si, más allá de un cierto paroxismo, la violencia no se resolviera en orden cultural. El círculo vicioso de la violencia recíproca, totalmente destructora, es sustituido entonces por el círculo vicioso de la violencia ritual, creadora y protectora.”* (Girard, 1995: 150-151).

Ahora bien, en la crisis sacrificial el objeto del deseo es la violencia, es decir, de un sujeto sobre un objeto, pero además el deseo requiere para su constitución un tercer término, el *rival*. *El rival desea el mismo objeto que el sujeto*, no se trata de dos deseos sobre un mismo objeto, sino que *el sujeto desea el objeto porque el propio rival lo desea*. De esta manera, el deseo es *mimético*, imita un deseo modelo eligiendo al del mismo modelo. Esta es la causa del conflicto que suscita a la rivalidad.

Lo que acontece entre Genet y el sujeto que lo sorprendió no culmina en rivalidad. Genet era discípulo, deseaba lo que deseaba el modelo, pero *el modelo se consideraba demasiado por encima del discípulo, el discípulo se considera demasiado por debajo del modelo, para que una idea de rivalidad, es decir, la identidad de los deseos, pueda aflorar en ambos*. Genet, discípulo de los adultos, sometido a la autoridad del modelo *no se verá con sus propios ojos, ni siquiera con los ojos del modelo, sino a través de la rivalidad incomprensible y falsa imagen que ésta le ofrece de la opinión de su modelo*. Entonces, Genet puede decirse a sí mismo, “*he decidido ser lo que el delito ha hecho de mí*”, un malvado. Pero, en verdad, no puede decidir ser, Genet había sido condenado a la maldad, aquella reprochable por quienes pugnaron por resolver la sospecha; y él, sin más, dedicó su esfuerzo para concretárselas.

Genet se diferenciaba, siendo ese “gran” Otro no podía ser rival. Así, bajo la perspectiva de Girard, *no son las diferencias, sino su pérdida lo que provoca la insana rivalidad que se materializa en la violencia recíproca entre iguales*. Pasaje de todos contra uno a todos contra todos. En tanto Genet, deja su infancia para transformarse en lo “uno” frente a lo “todos”.

La crueldad en la infancia de Genet es ejercida por el modelo que le decía “*imítame*” y al mismo tiempo “*no me imites*”; él, como discípulo, se sumerge en la desesperación devenida del *doble imperativo contradictorio*.

Genet, en el instante fatal bajo el *thymos* deseó como rival, tenía delante de sí el ser y lo absoluto, el *kidos*, su deseo seguía a la violencia, se esforzó en alcanzarlo, su manecita lo tomaba, pero se encontró con la violencia del deseo adverso.

Ahora bien, los adultos en *San Genet*, para apoderarse de la violencia soberana encontraron en el niño su singularidad dado que “no era como los otros”. No obstante, *la alteridad que Genet se descubre excluye toda reciprocidad*, así, él encuentra que está frente a todos los demás y entiende que debe sacrificarse al servicio del vínculo entre sus sacrificadores;

“... todos los otros, cualesquiera que sean los intereses que los oponen, se reconocen allegados porque cada uno lee en los ojos de sus vecinos el horror que le inspira Genet; no forman más que una sola y monstruosa conciencia que juzga y maldice: es atroz “comprobar” la unanimidad, ver de pronto que es posible, que está

*allí, que se la toca, que se es su autor, y darse cuenta al mismo tiempo de que la ha hecho contra él mismo.” (Sartre, 2003: 54-55).*

De esta manera, es que Genet se reconoce como el objeto de horror absoluto y destina su vida a su objeto. De su reflexión encausada por Sartre, es así como él se descubre ya no como rival sino como lo sacrificable, *víctima propiciatoria* que impedirá la *crisis*.

No obstante, Genet había encendido la llama de la *crisis sacrificial*, la comunidad se encuentra amenazada y pero encuentra en el niño la *víctima propiciatoria*. Aquel, culpable, había transgredido las reglas y prohibiciones, su deseo se había posado en un modelo al azar. La comunidad de adultos, antes de que el contagio de la violencia traída de su deseo se esparciera, reafirma el orden cultural en la purificación que encuentra plausible matar al niño convirtiéndolo en la *víctima sacrificable*, muerto el niño el orden cultural se encuentra protegido y Genet así lo entendió.

Aquel accidente atentaba a las diferencias que mantienen estable al sistema del orden social; porque el orden social sólo existe en tanto organizador de las diferencias internas para que desde fuera exista identidad.

*“Sólo la perspectiva de afuera, la que ve la reciprocidad y la identidad, la que niega la diferencia, puede descubrir el mecanismo de la resolución violenta, el secreto de la unanimidad recompuesta contra la víctima propiciatoria y en torno a ella. Como hemos visto, cuando ha desaparecido totalmente la diferencia, cuando la identidad es finalmente perfecta, decimos que los antagonistas se han convertido en dobles, su carácter intercambiable asegura la sustitución sacrificial.” (Girard, 1967: 165).*

El carácter monstruoso del niño espectacularizado en *ladrón* distancia que la unidad del orden social está compuesta por identidad y reciprocidad, dicho carácter impuesto distrae que lo esencial es *doble*. Como principio fundamental ignorado, Girard argumenta que *el doble y el monstruo coinciden*.

*“En la experiencia colectiva del doble monstruoso, las diferencias no aparecen abolidas sino confundidas y mezcladas. Todos los dobles son intercambiables, sin que su identidad sea formalmente reconocida. Ofrecen, pues, entre la diferencia y la identidad, el equívoco término medio indispensable para la sustitución sacrificial, para la polarización de la violencia sobre una víctima única que representa a todas las demás. El doble monstruoso ofrece a los antagonistas incapaces de verificar que nada les separa, es decir, de reconciliarse, exactamente lo que necesitan para llegar a este mal menor de reconciliación que es la unanimidad menos uno de la expulsión fundadora. Es el doble monstruoso, son todos los dobles monstruosos en la persona de uno solo que son objeto de la violencia unánime.” (Ibid: 167).*

Genet como rival ha sido suprimido a favor de sostener la ignorancia por la reciprocidad a los efectos de mantener la identidad, es entonces que surge en él el *doble monstruoso*, allí donde se encontraban un “otro” y un “yo” siempre separados por la diferencia oscilante.

En síntesis, se interpreta que Genet cumple con el rol social de la *victima sacrificial*, y no genera una *crisis sacrificial*. Cumplimenta con los consentidos de la lógica del sacrificio. Los deseos del Mal quedan encausados en él, aquella violencia amenazante se deposita en él. Se puede matar a un niño y eso no implica una aberración, ya que ese “asesinato” se realiza en el marco de una violencia purificadora. Genet es semejante a los seres humanos que sustituye pero guardia una diferencia fundamental: es culpable.

## CONCLUSIÓN

Cuando Genet niño, constituyente del mal, es nombrado socialmente añadiendo infinidad de calificativos peyorativos estigmatizantes cuyo silogismo resultante es “el Mal”. La designación de tremenda nomenclatura lo convierte en la cosa, en la sustancia, porque es la esencia. Así, el Mal se encuentra materializado en servicio de la existencia del Bien.

Dar la entidad al Mal es una operación que se realiza en términos de poder, es decir, éste se manifiesta en aquellos que poseen la capacidad de nombrar mientras que existan aquellos que no pueden impugnar el nombre asignado. La capacidad de nombrar adquiere relevancia cuando al hacerlo se constituye en el acto la cosa. En otras palabras, si un individuo o un grupo posee la capacidad de nombrar peyorativamente a otro individuo o grupo y este no posee la capacidad de impugnar el nombre se constituye una relación asimétrica de poder en la cual el Mal se ubica en el débil que es sacrificado para la existencia del Bien. Cobran entidad los que creen, como gentes “honestas”, *Ser* y los *enteramente otros*, que responden a la negación del Ser y, por tanto, a su construcción.

Así, en este marco se producen rituales colectivos de trazados de fronteras, del adentro y del afuera, para el mantenimiento del orden cultural. La empresa acciona: nombra, identifica, persigue, atrapa y expulsa gracias a la *estigmatización* y *criminalización* de un *enteramente otro*. De esta manera, se puede identificar al *sacrificio* de una *víctima propiciatoria* en la actual operatoria del proceso de *criminalización*.

Víctima y victimario, Genet es para dicho centro “sustancia”, el Mal encarnado en el *ladrón*. Genet *es* delincuente, criminal, transgresor y no es más que aquel doble monstruoso en donde se deposita la violencia unánime del sacrificio. Así, espectacularizado ante los ojos de los demás Genet no es; *¡Damas y caballeros, aquí ante nuestra presencia el mal encarnado, la vívida monstruosidad! ¡Con ustedes, un ladrón!*

*Si (como afirma el griego en el Crátilo)  
el nombre es arquetipo de la cosa  
en las letras de “rosa” está la rosa  
y todo el Nilo en la palabra “Nilo”.  
Y, hecho de consonantes y vocales,  
habrá un terrible Nombre, que la esencia  
cifre de Dios y que la Omnipotencia  
guarde en letras y sílabas cabales.*

*(Jorge Luis Borges, El Golem)*

Lo afirmaba Platón, el que conoce los nombres es porque también conoce las cosas, porque en el nombre está la cosa. Saber lo que Dios sabe es nombrar y crear, los hombres, en tanto imagen y semejanza de su Dios creador, sedientos de aquel nombran y crean a la cosa.

## BIBLIOGRAFÍA

- Sartre, J.P.: *San Genet. Actor y Mártir*, (Libro I y II), Losada, Buenos Aires, 2003.
- Girard, R.: “La Crisis Sacrificial” y “Del Deseo Mimético al Doble Monstruoso” en *La Violencia y Lo Sagrado*, Anagrama. Barcelona 1995.